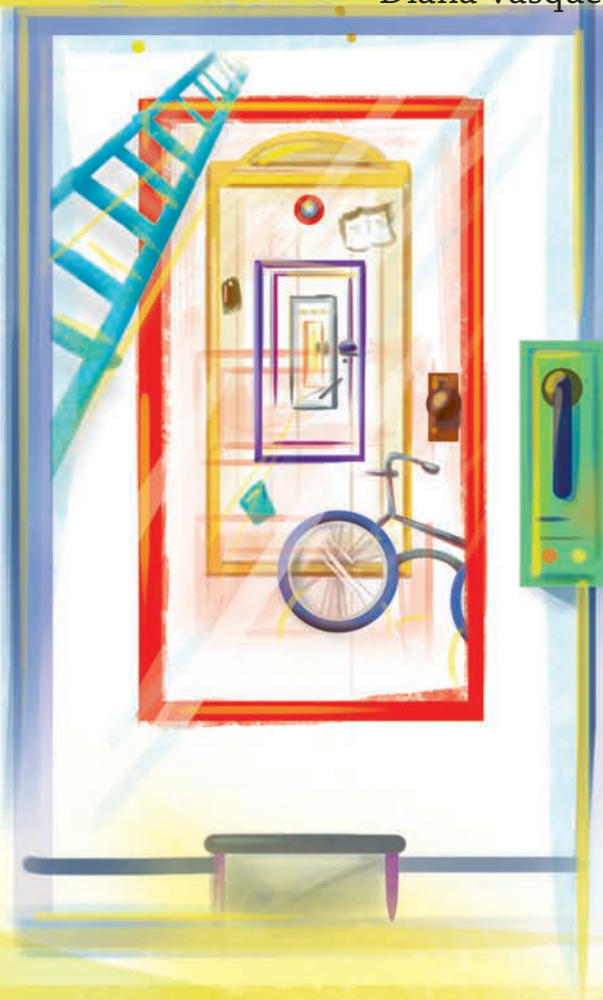


Puertas y escaleras

Diana Vásquez Reyna





www.loqueleo.com

Título original: Puertas y escaleras

© 2016, Diana Vásquez Reyna

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. A.

26 avenida 2-20, zona 14, ciudad de Guatemala. Guatemala, C. A.

Teléfono: (502) 24294300. Fax: (502) 24294343

ISBN: 978-9929-723-28-3

Impreso en:

Primera edición: abril de 2016

Este libro fue concebido en La factoría de historias, un espacio de creación colectiva que convocó a un grupo diverso de escritores e ilustradores y que fue coordinado por **Eduardo Villalobos** en el Departamento de Contenidos de Editorial Santillana. Luego de las discusiones, cada autor se encargó de dar forma al anhelo y las búsquedas del grupo.

Puertas y escaleras fue escrito por **Diana Vásquez Reyna** e ilustrado por **Eyla Luján**. La gestión y coordinación creativa estuvieron a cargo de **Alejandro Sandoval**. Los textos fueron editados por **Julio Calvo Drago**, **Alejandro Sandoval**, **Julio Santizo Coronado** y **Eduardo Villalobos**. La corrección de estilo y de pruebas fue realizada por **Julio Santizo Coronado**. Diseño de cubierta: **Eyla Luján**. Coordinación de arte y diagramación: **Sonia Pérez**.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puertas y escaleras

Diana Vásquez Reyna

Ilustraciones de

Eyla Luján

loqueleg

*A Javier, Estuardo, Lucía y Cecilia,
sus vidas inspiran*

Micaela

¿Has paseado en bicicleta? Mi papá dice que sentir cuando el viento da contra el rostro es la sensación más cercana a la libertad total. Hasta caerse de la bici tiene cierto encanto. Los moretones son señales de que eres valiente, de que conociste el suelo y de que te has levantado y has seguido pedaleando. Cuando crezca, talvez dentro de unos pocos años, me tatuaré una bicicleta en el lugar donde me hice el primer gran moretón. Pero es algo que todavía no les diré a mis papás.

11

La primera vez que me subí en una bici de verdad, me caí unas cinco veces, y todas las veces me gustó, no les miento. Era un domingo, me había quedado a dormir en casa de la familia de Evelin. Su mamá nos había preguntado qué queríamos hacer después del desayuno. Yo dije sin titubear: «Dar una vuel-

ta en bici». La que creí que sería una vuelta a la manzana resultó ser un viaje de dos horas, de ida y vuelta, a un pueblito cercano. Aprendí que las propuestas pueden llevarte lejos y, además, supe que pasear en bici con el corazón retumbando por debajo del cuello es lo más cercano a volar sin alas.

12



Micaela se movía sobre dos ruedas desde hacía medio año para ir a cualquier parte, sobre todo para asistir a la escuela. Había desarrollado audacia, había aprendido a esquivar a los conductores egoístas y abusivos, y se sentía orgullosa por ello. Había convencido a sus padres de su habilidad, al demostrarles que era capaz de hacerlo bien a sus catorce años.

13

A pesar de su natural desconfianza en el mundo, Lucía tuvo que admitir que su hija adolescente era prudente y que se veía genial en su bicicleta, a la que Micaela llamaba Niko. Sobre su bici, con su casco y sus guantes, parecía un pez en el agua. Morderse la lengua y permitirle a Micaela que disfrutara de la vida con su bici era para Lucía su manera de dejarla crecer y contrarrestar así un poco la tristeza. Ese año había sido muy duro para todos, sobre todo para Micaela.

Cuando creces, te das cuenta de que no puedes impedir que quienes más amas derramen lágrimas. Cuando los ves llorar, lo mejor

que puedes hacer es estar ahí y callar. Solo quedarte junto a ellos. En ocasiones, el silencio puede obrar y decir mejor que uno.

Aprendí eso de Evelin. Ella me enseñó muchas cosas, como su amor inmenso por los animales. También aprendí de ella a escuchar de vez en cuando música nueva o simplemente rara. Supe que viajar en autobús puede ser mejor cuando llevas un libro que te proteja del mal humor de otros.

Lucía y Santiago habían llegado a un buen acuerdo cuando se separaron años atrás: seguir siendo los padres de Micaela y también amigos entrañables. Muchos de sus familiares y amigos cercanos les aseguraron que no podrían seguir siendo amigos, afirmaban que la gente común no hace esas cosas.

No obstante, Lucía y Santiago no eran gente común. Después de un año de darle vueltas al asunto, Santiago abrazó con fuerza a Lucía y ambos se dieron la oportunidad de hablar con sinceridad. Santiago le dijo al oído a Lu-

cía: «Estoy seguro de que somos almas gemelas, pero, como dijiste, no es imprescindible que las almas gemelas vivan en pareja».

Lucía agradeció profundamente tal acto de ternura. Para algunas parejas, la rutina se convierte en un profundo agujero negro que los desgasta en un continuo tira y encoge que no conduce a ninguna parte. Sin embargo, las hay como los esposos Valencia, que se dieron cuenta de que los caminos que se construyen juntos pueden llegar a dividirse, muy a pesar de las circunstancias y del amor.

Los acuerdos del divorcio incluyeron las opiniones de Micaela, sobre todo la que más le importaba a ella: sentirse siempre cerca de sus padres. Santiago viviría a poca distancia y llamaría todos los días. Cenaría con ellas algunas veces. Lucía y Santiago cocinarían juntos, como siempre. La cocina era una de sus aficiones preferidas, y que perfeccionaban con el tiempo. No solo compartían recetas, también tenían claro que cocinar y ofrecer su comida a alguien es un acto de amor.

Con el tiempo, Santiago se casó de nuevo. Micaela tenía ahora una hermanita de cua-

tro años, Isabela, y a Micaela le gustaba leerle cuentos. A fin de mes, Lola, la madre de Isabela, llevaba a las niñas a la librería para que escogieran un libro. Después iban a comer algo rico, lo que siempre incluía helado y a veces papas fritas. Después de haber disfrutado el helado, las niñas siempre pedían regresar pronto a casa para empezar a leer las historias que habían elegido.

Aunque en apariencia era una jovencita como otras de su edad, era evidente que Micaela había madurado de forma diferente, con aves libres en su cabeza, que solían fugarse a través de su voz y regresar a ella con su mirada. Las plumas de aquellos pájaros multicolores también la hacían imaginar pinturas en movimiento, mundos cambiantes y extraordinarios, naves espaciales que a veces buceaban en el mar.

Micaela tenía inquietudes que se habían despertado gracias a toda clase de seres posibles, aunque invisibles. Y no se trataba solamente de hadas, ogros, sirenas, hombres lobo, vampiros, fantasmas, dragones, unicornios o árboles parlantes. También eran niños, chi-

cos que, como ella lo había sido, solían creer en todo lo bueno, para descubrir más tarde lo malo, el miedo, el dolor... No obstante, decidieron ser valientes, sonrientes y aventureros. Con esos niños, a veces solitarios, compartía sustancias para los de su clase impensables, como la carne y los huesos.

17

En ciertas ocasiones se repiten en mi cabeza estas palabras: «Aunque crezcas, no pierdas a la niña que tienes dentro». La frase original decía: «No dejes morir al niño que llevas dentro», pero me parece muy cruel eso de matar niños, así que la arreglé. Los adultos extraían con demasiada frecuencia a los niños que fueron. Es una pena. Quizá esos niños serían capaces de comprender mejor y con más facilidad las cosas, sin tantas complicaciones. No sé por qué algunos adultos se amargan. Tampoco sé por qué algunos de mis compañeros tienen tanta prisa por crecer (aunque suelen dejar de pensar en ello cuando mascan chicle). Dice mi papá que se debe vivir cada edad

hasta cansarse de ella, para poder vivirla al máximo. Hay que cansarse de ser niño, de ser adolescente, de ser adulto. Se debe pasar a la siguiente etapa sin extrañar nada de la anterior. No premian a nadie por saltarse alguna edad.

Micaela era una jovencita risueña y de cabello alborotado. Formaba parte de una familia extendida muy particular y amorosa. Solía decir que Lola era su madre «adoptada». Le gustaban los deportes y el baile tanto como la lectura. Disfrutaba mucho el fútbol, corría como gacela y le encantaba alcanzar y rebasar a los chicos de piernas más largas. Toda esa actividad la hacía sentirse estupenda. Y a pesar de que no solía pensar de esa manera todo el tiempo, le molestaba un tanto, y hasta le parecía absurdo que a sus compañeras no les gustara sudar y que se preocuparan demasiado por que se les arruinara el maquillaje, el cual distaba mucho de parecerse al que imitaban de la tele y las revistas.

Evelin sí la comprendía. Ella y Micaela se habían hecho amigas en la primaria, cuando Evelin era nueva en la escuela. Fueron Micaela y Evelin las únicas que se ofrecieron de manera voluntaria a jugar fútbol en un equipo de ambos sexos. Las asignaron en el mismo equipo, porque sus compañeros quisieron ser gentiles, aunque también porque ellos creían que sería más fácil vencer al equipo que tuviera dos niñas.

19

Lo que ignoraban los muchachos del equipo contrario es que Micaela era muy veloz y que tenía muy buena puntería, y, además, que Evelin podía burlar a casi cualquier defensa y volante, y ejecutar unos pases espectaculares. Así pues, cuando su equipo perdió 6-1, tuvieron que reconocer que menospreciarlas había sido su peor error.

Desde ese día se volvieron amigas inseparables. Descubrieron que cumplían años el mismo día: 1 de noviembre. Con el tiempo, aprenderían muchas cosas juntas, tanto en la escuela como fuera de esta, ya las lecciones (y elecciones) más importantes se aprenden y toman, en ocasiones, mucho más allá de las

aulas: cuando salgan a construir sus vidas, a cometer errores y seguir adelante..

Evelin dijo un día con toda certeza:

20 —En el horóscopo celta nuestro signo es el «lobo». Y, de acuerdo con lo que investigué,



para los celtas no existía mucha diferencia entre los lobos y los perros. Pero se oye mucho mejor decir que uno es un lobo. Además, averigüé que los nacidos bajo este signo tenemos un gran sentido del honor y de la responsabilidad. Es por eso que trataremos por todos los medios que nuestras palabras se comprendan y se cumplan a cabalidad. Somos intrépidas, somos valientes. Solemos ser las heroínas de la batalla y, además, somos capaces de resistir ante las adversidades. «¡Lealtad» es nuestro segundo nombre! —concluyó Evelin con una gran sonrisa.

21

Con el tiempo, Micaela llegó a aprender a jamás dudar de Evelin. Bastaba para ello un solo argumento. Nadie sabía cómo lo hacía. Y es que Evelin leía mucho y de todo. Además, leía muy rápido y su memoria era prodigiosa, por lo que era capaz de repetir lo que aprendía. Amaba los libros y no tenía que decirlo, pues se le notaba. Micaela leía, pero Evelin *devoraba* libros.

El año en que Micaela decidió ir a todas partes en bicicleta también era presa de una gran tristeza. Pedalear le servía para ganar-

les a las ganas de llorar. De esa manera no se quedaba inmóvil, lo que alejaba de ella la asfixiante frustración que la embargaba. Evelin ya no cumpliría 15 años el mismo día que ella. Evelin había enfermado. Al principio era solo un dolor por ahí, un extraño cansancio por allá. Luego se presentó un malestar general que se fue acentuando. El cáncer había minado su cuerpo y se había extendido. Evelin había luchado durante 730 días contra ese monstruoso gigante. Tal como su signo celta lo anunciaba, Evelin era una excelente guerrera. Y Micaela había estado siempre ahí; a veces haciéndola reír, a veces en silencio y nada más.

En las buenas historias hay héroes a quienes se recuerda como los más valientes. Sin embargo, incluso la resistencia de estos tiene un límite. El de Evelin llegó el 26 de enero. Micaela había perdido a su mejor amiga y esa era la razón del cambio en su mirada.

El accidente

Micaela se esforzaba de todas las maneras posibles por no sentirse triste. Era por eso que daba prolongados paseos en bicicleta. Ya no se limitaba a usarla para ir a la escuela. Ahora, cuando llegaban las vacaciones, trataba de conocer un sitio nuevo cada día. Estaba empeñada en no quedarse estática. No podía. Pero tampoco quería hacer nuevos amigos, no se sentía cómoda con nadie. Creía que lo único bueno para ella eran los largos paseos en compañía de Niko.

23

La luz de la tarde era tan amarilla como la yema de un huevo. Que no les extrañe esa afirmación: existen también el verde perico y el rojo salamandra. Todavía era noviembre:

el mejor clima de todo el año. Es el mes que más me gusta, aunque, como dice mi papá, ya no es tan bonito como antes. Él asegura que el clima ha cambiado y que seguirá haciéndolo debido a la contaminación. Es cierto. Ya no salen del suelo los zompopos en mayo, ni en junio. Por eso aprovecho el tiempo de noviembre: viento frío, aunque no tanto; luz intensa, pero no agobiante. Se percibe una serenidad de alas invisibles que al batir arrastran al sol muy bajito, cerca de los ojos, pero no demasiado, solo como para apenas entrecerrarlos.

Así es, estaba distraída. Dejó que la luz del sol la cegara. Era muy agradable... hasta que algo la empujó con violencia. Todo sucedió rápido. Un semáforo en verde le daba la vía, pero un taxista desprevenido y con demasiada prisa dio un frenazo que no sirvió de nada. Micaela voló por los aires como si fuese el personaje de un cuento de ensueño. En cámara lenta, su bici habría parecido dar saltitos, sin quedar del todo inmóvil sobre el asfalto;

el policía de tránsito habría dirigido la mirada en dirección del sitio donde ella estaba a punto de caer y, más allá, en una esquina de la escena, el vendedor de flores hubiese hecho un gesto con el que habría parecido decir «¡le va a doler!».

La ambulancia se fue abriendo paso entre automóviles y curiosos que se arremolinaban frente al lugar del suceso. El taxista evadió su responsabilidad y se dio a la fuga. Alguien en medio de la multitud mencionó un número de placa, pero nadie prestó atención. Lo más importante era la niña. Todo lo demás, incluso la bicicleta, podía esperar.

La primera que llegó al hospital fue Lucía. Corrió por un interminable pasillo, presa de la histeria. Aunque Lucía era una madre estu-
penda, no dada a armar escándalos, la avalancha de angustia que caía sobre ella la sacaba de sí y exigía a gritos que le dijeran dónde y cómo estaba su niña. Santiago acudió lo más pronto que pudo, pero no sabía bien qué hacer. A pesar de la serenidad y la fuerza que se le atribuyen al sexo masculino, Santiago temblaba y era presa de un nerviosismo que lo in-

va de pies a cabeza. Entonces volvieron a su mente las imágenes de Micaela cuando comenzaba a caminar, de los días en que dibujaba garabatos sin sentido, de cuando masticaba de manera graciosa mientras se le formaban una barba y un bigote de papilla amarilla alrededor de la boca... de la primera vez que pronunció la dulce palabra «papá».

Micaela se había fracturado una pierna y un brazo, tenía golpes y moretones en varias partes y, lo más preocupante, una contusión en la cabeza. Aunque intentaba abrir los ojos, los párpados le pesaban tanto como piedras unidas con pegamento. Cuando intentaba abrir los ojos, solamente veía imágenes borrosas mezcladas con luces blancas. Lo último que sus ojos vieron fue a una señora de baja estatura que se le acercaba.

Mientras la misteriosa señora se acercaba Micaela pensó que se trataba de una abeja en pijama. Cuando la enfermera terminó de aplicarle un sedante, Micaela ya no se enteró de nada. Deberían de transcurrir al menos cuarenta y ocho horas más para saber si había sufrido daños más graves.

Micaela abrió los ojos. Recordaba haber sido pinchada en un brazo, aunque no había sido tan molesto. Tenía la impresión de haber dormido por unos segundos. Ya no había nadie y se encontraba en una habitación blanca y brillante. La cama le parecía familiar: era idéntica a la cama en la que Evelin había estado postrada muchos días antes de partir. Micaela se levantó de un salto. La puerta estaba abierta. Lo único que deseaba era salir. Se asomó al pasillo, no sin cierta inseguridad.



No sabía a ciencia cierta de qué estaban hechos los muros, si de concreto, de ladrillo, o si no eran nada más que rocas apiladas en los bordes del caminito pavimentado con piso cerámico que cambiaba de colores con cada paso que daba. Era como si cada baldosa percibiera su movimiento.

28

Desconcertada, cruzó el pasillo. Sin embargo, no tenía miedo. Su papá le había dicho que el miedo solo aumenta cuando se lo permitimos. En realidad, no era buena idea dejarse dominar por el temor en estas circunstancias. Una luz anaranjada la cegó por un momento.

—¿Dónde estoy? A ver, hace un momento estaba en ¿el hospital? ¿Cómo llegué ahí? ¿Dónde estaba antes de llegar a este pasillo y a aquella cama? ¡Ya sé! Estaba en la calle, en la bici y... ¿el conejo blanco? No, no, no, ¡era un taxi blanco! ¿Por qué tienen que conducir de esa manera? Total... estoy completita, pero ¿dónde? ¿Y mi bici? No puede ser, ¡me la van

a robar! ¡Solo eso me faltaba! A ver, Micaela, concéntrate, respira y trata de recordar qué pasó. ¡Ya sé! Estaba llegando al crucero hacia el centro, donde está ese horrible monumento de bronce, cerca del parqueo subterráneo. ¡Sí! Ahí estaba, y ahí debe de estar mi bici. Lo raro es que no sentí la caída. Con razón dice mi papá que los niños somos muy flexibles. Bueno, ya no soy tan niña, pero flexible sí que lo soy. ¿Y mi casco, y mis guantes? ¡Lo perdí todo! Vaya con esta gente, ¡no respetan al ciclista para nada!

29

—¡Oye! ¿Por qué tanto grito? ¿Ya vas a dejar de gritar? —Micaela no se encontraba sola—. Una vocecita interrumpió su soliloquio de enojo e indignación. Al principio no vio a nadie.

—¡Eh! Aquíí—. Micaela volvió a ver hacia arriba. La voz provenía de una persona que era muy alta.

—¿Cuánto mides? —preguntó Micaela.

—Bonita forma de saludar la tuya. Soy Yiya, y mido mucho más que tú —dijo— aunque no sin algo de enfado, por no decir que con mucho enfado.



—Eso lo noto sin mucha ciencia. Disculpa, soy Micaela y mido mucho menos que tú—. Micaela había puesto su mejor sonrisa.

Yiya era una chica muy alta y a Micaela se le antojó imaginársela como una jirafa. Para ajuste de penas, era rubia, pero se reservó ese comentario, por supuesto. Le hacía gracia tamaño estatura. A la imaginación de Micaela vinieron espontáneamente aviones y cosas que se mueven por el aire. «¿Cómo será tener esa perspectiva?», pensó Micaela. Salió de manera abrupta de sus cavilaciones y dijo:

—Te haré una pregunta *técnica*: ¿qué es este lugar?, ¿dónde estamos?

—Esas son dos preguntas —aclaró Yiya—. Pero soy mala para las respuestas *técnicas*, porque no lo sé. Llegué unos minutos antes que tú, también tratando de recordar dónde estaba antes de llegar aquí.

—¿Y dónde estabas tú?

—Pues, lo último que recuerdo es que estaba en el agua. Me refiero a que nadaba.

—¡Caramba! Esto es muy confuso. Quiere decir que de la nada te apareces aquí, fuera del agua y frente a este caserón sin puerta; en

el mismo lugar que yo, que venía por la calle, por la misma ruta de todos los días. Todo eso antes de llegar a aquella cama ¡y al pasillo de colores y...!

32

—¡Eh, para! Cálmate, que no estamos para ataques de pánico. Respira, que eso despeja la mente. No te compliques la vida si no sabes de qué va la cosa. Estamos aquí y averiguaremos qué lugar es este. ¿Te parece? —Micaela respiró hondo y exclamó con aplomo—: ¡Me parece!

Yiya sonaba convincente y muy segura de sí misma. Quizá era la estatura, «la perspectiva», como había pensado Micaela. Fue entonces cuando se percató de que aquella ya no era la ciudad que no respetaba a los ciclistas. No había edificios de vidrio, ni torres de apartamentos, ni centros comerciales. Era, más bien, un desierto, como si fuese una escena del lejano oeste. No estaba en pie más que la fachada de una casa de madera de una sola planta. Esta parecía abandonada y pedía a gritos mantenimiento.

En ese momento, Micaela decidió que Yiya sería la guía. Esta, aunque parecía adulta, no lo era en realidad. Yiya hizo un gesto con la

cabeza para indicarle a Micaela que avanzaran hacia la entrada. No había otro lugar adonde ir, así que Yiya propuso que buscaran algo o a alguien que les diera respuestas. Justo cuando atravesaban el umbral de marco desvencijado, Micaela sintió como si un mono se prendiera de su pierna derecha, lo cual hizo que perdiera el equilibrio y cayera sentada.

33

Y allí, tumbada en el suelo, pudo ver de frente a la pequeña criatura que la había embestido y que se aferraba con todas sus fuerzas a su pierna. Era un pequeño niño de enormes ojos negros. Estaba asustado, y con la mirada expresaba su gran alivio por ya no estar solo.

—¿Y tú, chiquito? ¿De dónde saliste? —dijo Micaela viéndolo a los ojos.

—¡Ja, ja, ja, te botó un bebón, ja, ja, ja, ja! Perdón, pero fue muy gracioso, ¡ja, ja, ja, ja! Hola, yo soy Yiya —dijo Yiya conteniendo la risa mientras le extendía los brazos al niño para cargarlo—. ¿Cómo te llamas, hermoso? —preguntó.

—Ot —fue lo único que salió de la boca del pequeño.

—¿Ot? ¿Qué nombre es ese? —contestó Micaela.

—¡Ot! ¡Ot! ¡Ot! —gritó el niño con todas sus fuerzas.

—Bueno, bueno, ya entendimos, te llamas Ot —dijo Yiya.

34 —Pensé que era un mono que se creía garrapata —se quejó Micaela.

—No seas tan cruel; mira qué mono... digo, qué bonito es —lo defendió Yiya con un gesto dulce—. Bueno, Ot, ¿qué haces tú aquí? ¿Dónde están tus papás?

—¡Ot! ¡Ot! ¡Ot! ¡Ot! —gritó de nuevo el pequeñín.

Yiya y Micaela se vieron una a la otra con un dejo de desesperanza cuando comprendieron que Ot solo sabía, o, mejor dicho, solo podía decir su nombre, si es que aquella sílaba era su nombre. Era en verdad un niño de *muy pocas palabras*, o de una sola palabra en realidad. Además, era ágil e inquieto. Corría con gran velocidad y se asió con fuerza de la pierna de Yiya, para luego subir por ella como si de un árbol se tratase. A Yiya no le molestó en absoluto, así que por lo visto se llevarían muy bien.

—Bueno, mono, digo... Ot. Yo me llamo Micaela, y vamos a buscar, entre otras cosas, a tus papás, ¿te parece?

—¡Ot! ¡Ot! ¡Ot! ¡Ot! —gritó Ot de su peculiar manera—. Yiya, Micaela y el pequeño Ot atravesaron juntos aquel umbral, porque siempre es mucho mejor estar acompañado cuando se va a un lugar desconocido.

La araña

El peculiar trío dejó atrás el escenario arenoso y desolado. Cruzaron la entrada con decisión. Del otro lado esperaban encontrar las respuestas que le pusieran fin a su confusión. Al pasar el umbral se encontraron con todo lo opuesto al viejo caserón. Habían dado un par de pasos, quizá cuatro, y de inmediato dejaron de moverse. Quedaron atónitos, inmóviles debido a tanta maravilla. Debajo de sus pies había una alfombra verde de telita fina, tan delicada que daba pena pararse sobre ella y ensuciarla. Al final del largo felpudo de color rana bonita había un escritorio de mármol gris, similar al de la recepción de un hotel lujoso, sobre el cual reposaba una campana dorada.

El lugar era imponente. Ot estaba encandilado y con la boquita abierta. De esta le caía lentamente una babita. Su mirada se perdía





en el cielo de la habitación, que no tenía fin. Miles de lámparas colgantes iluminaban la inmensa estancia con una luz cálida. Pero lo más impresionante era que las lámparas colgaban de la nada y parecían bailar a su antojo.

40 Yiya, aun con su gran estatura, era incapaz de decir a dónde llegaba el cielo raso, y la luz, en vez de aclarar el fondo, parecía ocultarse en él. De tan enormes dimensiones era aquel lugar. Micaela dejó salir un profundo suspiro y, después de dejar escapar todo el aire de sus pulmones con un prolongado ¡uuufff!, expresó:

—¡Pero qué bonito! ¿De verdad entramos en un caserón viejo? —balbuceó incrédula—. Tuvo ganas de volver sobre sus pasos y entrar de nuevo, para contrastar, ahora con más lucidez, lo que había fuera con lo que observaban dentro. Pero cuando los tres se voltearon hacia el umbral, aquel ya no se encontraba donde lo habían dejado unos pasos atrás.

Así era. No había ni desierto ni umbral. Solo quedaba un muro en silencio.

—¿Oot? —preguntó el pequeño—; y Micaela volvió a ver con el mismo gesto de interrogación que Ot le dirigía a Yiya. Más que

molesta, se sentía presa de un gran conflicto por que las cosas cambiaran sin previo aviso.

—Qué falta de consideración —dijo Yiya, quien pensaba en voz alta—. Bueno, así las cosas, veamos a dónde nos lleva esto —afirmó—. Con Ot en brazos, caminó con paso seguro y rápido hasta el final de la alfombra color rana bonita. En la recepción no había nadie. La turbación de Yiya se tornó en enfado, lo que se hizo evidente con sus peculiares y profundas arrugas en el entrecejo.

41

—¿Para qué tienen una sala de recepción si no tienen la intención de atender? —preguntó Yiya en voz alta—. Ot tiró del suéter de Yiya y esta lo puso sobre la larga mesa de mármol, donde Ot empezó a jugar con la campana.

—Esto es una gran tontería, es como si nos obligaran a entrar y ahora nos dejaran aquí, y sin decir nada —se quejó Micaela.

—Debe de haber otra manera —expuso Yiya—. Una escalera, una ventana. Tal vez lo que necesitamos es ir más arriba. Si pudiéramos colgarnos de las lámparas, quizá...

—Espera —interrumpió Micaela—. Para

ti talvez sea muy fácil subirte a las lámparas, pero, ¿el mono y yo? ¿No estamos algo chiquitos? Ya viste las lámparas; no creo que ni con *tu perspectiva* logres rozarlas, ni siquiera saltando o subiéndote a esta mesa.

—¿Mi *perspectiva*? ¿A qué te refieres con «tu perspectiva»? —preguntó Yiya un tanto mosqueada.

42

—Oh, lo siento. Me refiero a tu altura. Es por lo que he pensado antes: de seguro tienes una perspectiva distinta del mundo si lo ves todo desde ahí arriba, ¿no? —se disculpó Micaela.

—Ya vas otra vez con eso de la altura; has de tener algún complejo por tu tamaño —replicó Yiya, ya bastante enfadada.

—¿Cuál complejo? Si hasta soy un poquito más alta que el promedio. Me lo dijo mi mamá, y ella no dice mentiras —le respondió.

—¿Estás segura? Porque a mí solo me pareces como cualquier chiquita contestona —lanzó Yiya en son de burla.

Antes de que Micaela pudiese responder con una ironía ingeniosa, todo el lugar se llenó de un agudo tintineo: ¡tin, tin, tin, tin, tin! El

eco rebotaba por todo el recinto, lo cual multiplicaba el vibrante ¡tin tin tin tin tin tin! Ot se hallaba embelesado haciendo repicar la campanita de la recepción. Micaela y Yiya se llevaron las manos a los oídos. Temían que los tímpanos les explotaran con aquel sonido estridente. Ot se detuvo cuando se dio cuenta de que de lo alto descendía una enorme araña negra.

43

Los tres palidieron. Yiya, sin dudarle un segundo, tomó en brazos a Ot, y junto con Micaela se alejó de la mesa con sigilo. La enorme y atemorizante masa negra, con su figura de araña gigantesca, peluda y repugnante, se hacía cada vez más pequeña. Las lámparas y las sombras la habían magnificado. Lo que ahora descendía era, en realidad, una mujer delgada, envuelta en un abrigo cubierto de pelusa negra y brillantina. Descendía, eso sí, como lo hacen las arañas: un lazo casi transparente, semejante al columpio de un parque, la hacía bajar y se posaba con suavidad detrás de la gran mesa de mármol.

—Sean bienvenidos a Subabel Hotel, donde lo que ven es y lo que no... también. Encontrarán las políticas de convivencia en el inci-

so 3.8 del capítulo 321. Las sugerencias, del todo imprescindibles, se hallan inscritas en el inciso 4.9 del capítulo 932, apartado C. No hay prohibiciones ni limitaciones de uso de las instalaciones, si y solo si cumplen con el turno de espera, que, les aviso de antemano, puede ser una eternidad. Para entretenimientos, distracciones y fiestas pueden revisar el inciso 2.1.3 del apartado R, capítulo 764. Para subir escaleras (porque tienen que tener en cuenta que los ascensores siempre bajan) les recomiendo que hojeen el capítulo 699. Hay algunos trucos por ahí que nunca están de más. Para obstáculos sencillos, revisen el inciso 5.8, apartado F del capítulo 164...

La mujer seguía repitiendo capítulos y números sin cesar, todos de memoria y sin obviar comentarios, observaciones, aclaraciones, pero con una amabilidad exagerada, que se diría afectada. Yiya, Ot y Micaela se vieron fijamente a los ojos con incredulidad. No comprendían nada de lo que decía y, por supuesto, era imposible recordar la retahíla de números y literales de los incisos, apartados, artículos y capítulos que su anfitriona recitaba.

—Disculpe —interrumpió Micaela con alguna timidez, pero la mujer parecía no poner mientes en nada de lo que la jovencita trataba de decir—: ...para cruzar mares, pantanos y ríos, pueden remitirse al inciso 4.1 del capítulo 387; no es nada agradable caer por la borda... —continuó sin inmutarse.

—Disculpe que la interrumpa, pero no entendemos nada de lo que dice, así que puede ahorrárselo —dijo Micaela, esta vez tajante y firme—. La mujer enmudeció. Empezaba a percatarse de las peculiaridades del trío que tenía delante.

—Ah, ¿es eso un niño? —preguntó de manera dubitativa.

—¡Por supuesto que es un niño! ¡Y su nombre es Ot! —respondió exaltada Yiya.

—Bueno, ya que tenemos su atención, señora, ¿podría indicarnos por qué estamos en este lugar y cómo podemos salir de él? —expresó Micaela con aplomo y sin perder de vista lo más importante.

—¿Señora? ¿Me llamas *señora*? Ah, se nota que son nuevos. Perdón por no haberme pre-

sentado. Soy la esplendorosa *madame* Monic Monte-Locuá, la diva de azúcar de Subabel Hotel, como me llaman los que no me conocen a cabalidad, porque en verdad soy una diva de miel. Soy la encargada de darles la bienvenida a nuestros huéspedes, como les llamamos, para darles una sensación de continuidad, es decir, a todos los que se cuelan por aquí.

46



Monic Monte-Locuá era de sonrisa muy amplia y ademanes afectados. Usaba maquillaje blanco que contrastaba con los profundos detalles negros de su vestimenta, lo que hacía pensar en las calaveritas mexicanas del Día de los Muertos. La *señora araña* resultaba graciosa y hasta agradable. Era como una Cruella de Vil, pero no amarga, sino azucarada.

47

—Mucho gusto, *madame* Monic. En realidad, queremos saber por qué estamos aquí y cómo salimos. Le agradeceríamos muchísimo que nos lo dijera —puntualizó Yiya, pero ahora más amable que antes.

—Me encantaría ayudarlos, chicos, pero yo no tengo esas respuestas. Esta es solo la recepción de Subabel Hotel, donde lo que ven es y lo que no... también. Las políticas de convivencia las encontrarán en el inciso 3.8 del capítulo 321... —y allá iba de nuevo *madame* Monic.

—¡Espere! —gritó Micaela, antes de que empezara con los números y las explicaciones incomprensibles. *Madame* Monic calló otra vez—. Lo siento, no quería gritarle. Si usted no conoce esas respuestas, quizá sepa de al-

guien que sí. ¿Puede ser? —se aventuró a preguntar Micaela.

—Ah, eso sí lo sé, mi niña. Yo sé muchas cosas que los demás ni se imaginan. Soy una mujer muy, muy lista, y amable y esplendorosa y eficiente... y decidida. No en balde soy Monic Monte-Locuá, la diva de azúcar de Subabel Hotel, como me llaman los que no me conocen a cabalidad, porque en verdad soy una diva de miel —comenzó de nuevo a divagar *madame Monic*.

48

Sin duda, *madame Monic* era monotemática, y su cháchara siempre giraba en torno de sí. Era graciosa y amable, pero era muy probable que pudiese hablar hasta el infinito, sin cansancio, mientras repetía la misma información una y otra, y otra vez.

—¡Usted es genial! —exclamó Micaela a fin de silenciar de nuevo a *madame Monic*, quien se sintió en extremo halagada con el comentario—. ¿Puede darnos el nombre de la persona que puede ayudarnos? —inquirió Micaela mientras se esforzaba por ser paciente.

—Por supuesto, niños, seguro que hay alguien que los podrá ayudar. Es una persona

espectacular. La primera impresión no debe importar, porque puede generar muchísimas dudas, incluso preguntas punzantes, pero sin duda es un panito divino que satisface a cualquiera con sus respuestas. Es una persona de hermosura y disposición tales que no me alcanzan las palabras para describirla. Así que, sin duda, los socorrerá sin pensarlo mucho. Solo recuerden decir las palabras correctas; entonces verán qué pronto se resuelve todo.

—¿Quién es?! —gritó esta vez Yiya, que ya estaba hasta el copete del palabrerío de *madame* Monic. Respiró y pasó a pedirle con ojos suplicantes y una voz más apacible—: Por favor...

—Se llama Toayiy Aleacim —dijo *madame* Monic.

—¿Ooot? —preguntó el chiquillo.

—¿Cómo dijo? —lo secundó Micaela.

—Toayiy Aleacim —repitió *madame* Monic.

—¿*Toyiy Alisum*? —intentó pronunciar Yiya.

—Con ese nombre irrepitable no sé si vamos a encontrar algo —se lamentó Micaela.

—¿Lo puede repetir otra vez, por favor?
—solicitó Yiya.

—Toayiy Aleacim —volvió a decir *madame* Monic con una enorme sonrisa, pues le agradaba mucho que le solicitaran información.

—Ooot... —dijo Ot en medio de un gran suspiro.

50 —No, en serio, es que ni siquiera lo puedo recordar —se rindió Yiya.

—A ver, *madame* Monic, ¿puede deletrearlo? Soy buena para deletrear palabras, ¿sabe? —propuso Micaela.

—No, no puedo hacerlo. Eso pertenece al inciso de restricciones sobrenaturales, lo pueden encontrar en el capítulo 998, apartado J, literal b —explicó *madame* Monic con aire solemne.

Puede ser que Ot no entendiera nada, pero tanto la angustia como la desesperación se asomaron a sus grandes ojos negros. Le temblaron los labios y brotaron sentidos lagrimones de sus ojos, que rodaron por sus mejillas sonrosadas. El primer gemido se transformó en un llanto escandaloso que retumbó aún más que la campanita e inundó la exuberante

recepción de Subabel Hotel. Ot empezó a gritar de manera prolongada y ensordecedora.

Yiya no podía calmarlo. Ot seguía pateando y gritando; se libró de los brazos de Yiya y se escurrió hasta llegar al suelo. Ante aquella insoportable rabieta, Micaela puso los ojos en blanco, y de pronto se apoderó de ella una frustración inaudita que la hizo pensar que bien podía acompañar a Ot en aquel concierto de gritos y lamentos.

51

Madame Monic sintió un gran pesar por el pequeño Ot. Sacó de uno de sus bolsillos una armónica, la llevó a sus labios y con la sedosidad de una suave melodía consiguió aplacar a ambos. Ot se limpiaba los mocos con la manga de su camisa. La melodía terminó en una nota alta y larga. Se abrieron, entonces, a ambos extremos del escritorio de mármol, dos puertas que hasta ese momento habían permanecido ocultas.

Las patas de un enorme gato se asomaron por la primera puerta. Bañados por luces y sombras, unos ojos gatunos y una nariz húmeda se dibujaron. Y aunque había bigotes largos, por ninguna parte aparecía el pelaje

del animal. Estaba cubierto por hojas de papel en lugar de pelo, algunas de las cuales estaban moteadas de negro.

52

Por la otra puerta avanzaba otro ser, también de papel. Su lomo estaba curvado de manera muy pronunciada. Tenía lo que parecía ser pico, y sus patas cortas no eran tan lentas como las del paciente quelonio de la fábula de la liebre y la tortuga. Esta era gigantesca, mucho más grande que el jaguar. Definitivamente, la puerta por la cual acababa de entrar tenía que haberse expandido para dejarla pasar. *Madame Monic* pasó a decir:

—Bien, queridos, les presentó a Manú y Tau, los adorados y majestuosos botones de Subabel Hotel. Ellos se encargan de guiar a nuestros huéspedes en su primera visita den-



tro de las instalaciones. Solo tienen que decidir a cuál de los dos escogerán. Por cierto, en el inciso 4 del capítulo 1, apartado G, se establece claramente que aquí, como en cualquier otra parte, los caminos se abren y se pueden transitar tomando decisiones. Así que ustedes dirán.

Yiya y Micaela se vieron una a la otra. Las tomaba por sorpresa tener que elegir algo en esas circunstancias, especialmente escoger entre un jaguar y una tortuga de papel. Ot se acercó a las enormes criaturas con alegría. Al principio las miraba tímidamente. Pero luego, emocionado, empezó a treparse al lomo del jaguar. El papel resistía, a Ot le encantaba y no parecía molestarle al animal.

53



—Creo que Ot ya decidió —dijo Micaela con asombro—. Yiya tenía los ojos como platos; ella hubiera preferido la tortuga, pero tuvo que reconocer que en este viaje también se iban a respetar las decisiones del chiquito. Además, no tenía idea de cómo hacerlo bajar.

54 —¡Perfecto! —dijo entusiasmada *mada-me* Monic, quien aplaudía sin hacer ruido—. Manú los conducirá dentro de la siguiente sala —explicó—. Sacó de debajo de la mesa de mármol un grande y pesado libro, y les indicó:

—Esta es una copia de las políticas de convivencia de Subabel Hotel, donde lo que ven es y lo que no... también—. El libro parecía una enciclopedia enorme, y aunque a Micaela le encantaban los libros, pensó en preguntarle si tenía una versión resumida. Esos capítulos, incisos, apartados y reglas le escocían.

—Muchas gracias por visitarnos, esperamos que su estadía sea corta; creo que la estadía larga no les gustaría tanto. Por si tienen alguna duda, pueden llamar a nuestro centro de atención con solo marcar el signo de numeral seguido de tres ceros, o pueden visitar nuestra página en internet: subabelhotel.org.ca.

—Espere —dijo Yiya—. ¿Nos dirá cuál es la habitación donde se encuentra ese tal Ali-sum o como se llame? —preguntó.

—No se preocupen, Manú se los dirá cuando llegue el momento —respondió *madame* Monic con una sonrisa—. Micaela volvió a ver Manú, que ya emprendía la marcha con Ot sobre el lomo, y se dirigía hacia la puerta por la cual había entrado.

Yiya se apresuró a tomar el pesado libro y a seguir al peculiar botones. Micaela iba detrás, pero antes de cruzar por la puerta que anunciaba algo más extraordinario e incomprendible de lo que ya habían visto, quiso darle las gracias a *madame* Monic. No obstante, cuando iba a hacerlo, ella había desaparecido. Encima la mesa gris se movían en fila miles de pequeñas arañas que esperaban su turno para trepar hacia el cielorraso con sus hilos de seda.

El agua multicolor

Ot entró triunfal cabalgando sobre Manú y bien sujetado de las hojas de papel que cubrían el cuerpo del magnífico jaguar. Ahora se encontraban en un colorido jardín. Una gran fuente de cristal, de la cual brotaba agua multicolor, se situaba en el centro. Cinco grifos dejaban fluir ríos magenta, amarillo, azul, verde y rojo, los cuales se arremolinaban en un estanque con forma de piña; era absolutamente increíble.

Los colores se mezclaban para formar nuevos morados, anaranjados, ámbares y jades más intensos. Árboles altísimos rodeaban la pileta y flores de tonalidades cian, marfil y lila caían despacio como la nieve. Yiya los seguía mientras abrazaba el incomprensible manual, y hasta atrás, apretando el paso, iba Micaela dándoles alcance.

—¡Ooot, ooot! —expresó aquel, deslizándose con naturalidad desde el lomo de Manú hasta llegar al suelo.

—¡Qué genial! —dijo Micaela acercándose a la fuente, a la vez que sumergía las manos en el agua de colores—. Era como tocar la nada. Micaela quería mancharse las manos, pero no lo conseguía, el líquido se le escapaba entre los dedos sin dejar rastros de los extraños pigmentos.

—¿Eh? Esta agua no moja, ¡es doblemente genial! —dijo Micaela exultante—. Tanto ella como Ot chapoteaban y se divertían en el agua multicolor. Ot sentía el enorme deseo de meterse por completo en la piscina, pero Micaela lo sujetó de la camisa, pues no estaba segura de que fuese posible nadar en agua que no moja.

Entretanto, Manú continuó su camino sin prestarle importancia a lo que hacían los chicos. Yiya veía con preocupación cómo se alejaba entre los árboles.

—¡Eh, ustedes dos! —gritó Yiya—. Creo que es mejor que sigamos al gatito, ¿no les parece? No me gustaría perderme por aquí,

y aún no hemos llegado adonde queremos ir —indicó Yiya con cabeza fría.

—Ot, ot, ot, ot —dijo el pequeñín señalando la piscina.

—Sí, mono, está muy bonita la piscina —dijo Micaela.

—Ot, ot, ot, ot, ot —insistió, sin dejar de señalar la piscina con forma de piña—. Micaela prestó atención a lo que señalaba el pequeño. Algo se movía en el fondo del agua y se hacía más grande mientras se acercaba a la superficie.

—Hay algo en el agua, quizá sea un pez —aclaró Micaela para que Yiya estuviera al tanto—. Un pez muy grande, o tal vez no sea un pez —refirió—. Lo que se movía dentro del agua nadaba cada vez más rápido y se acercaba a ellos.

Del agua emergió un tentáculo rojo, con tanta violencia que levantó una ola multicolor que arrojó una lluvia de goterones alrededor de la fuente, que cubrieron a Ot y a Micaela. Sin embargo, ya que el agua no mojaba, no pasó nada. De otra manera, los chicos hubieran quedado empapados hasta los huesos y

pintados hasta los dientes. Hasta Yiya, quien se encontraba un poco más allá, sintió el viento que pasó feroz sobre su rostro después de que el tentáculo emergiera y se posara a muy pocos centímetros de Ot.

—¡Ahhh, ahhhh, ahhhhh, ahhhhhh! —se oyó en coro cuando Yiya, Ot y Micaela gritaron a todo pulmón. El corazón se les salía del pecho cuando el segundo tentáculo hizo su impetuosa aparición.



Luego de recobrar la compostura, Micaela asió el brazo de Ot y lo arrastró hasta alejarse lo más lejos que pudieron del borde del estanque. Yiya, en cambio, decidió arrojar el libro con todas sus fuerzas en dirección a los tentáculos del pulpo gigante. Pero este, como todo un



excelente receptor de pelota, logró atajar la potente curva que le había lanzado Yiya.

62 La distracción les dio una oportunidad para reagruparse y escapar. Yiya, con Ot a horcajadas, y Micaela corrieron como gallinas despavoridas. Árboles y flores pasaban a gran velocidad como si corrieran en dirección opuesta, hasta que se estrellaron con tremenda fuerza contra la espalda de Manú, que ya-
cía echado en actitud de espera.

—Grrr... —gruñó Manú—. Los tres sintieron un gran alivio al verlo. Ot se lanzó desde los hombros de Yiya y lo abrazó. Al principio, Manú movió una ceja hacia arriba y lo vio con desconfianza, pero después dejó escapar un breve ronroneo. Se irguió y prosiguió su camino. Así, Ot, Micaela y Yiya emprendieron la caminata detrás del jaguar de papel. El bosque terminaba justo delante de un pasillo blanco que desembocaba en un pequeño vestíbulo.

—Esto me parece familiar —comentó Yiya—. Se parece al vestíbulo del edificio donde viven mis primos —recordó—. En efecto, había otra entrada, pues Subabel Hotel estaba repleto de ellas. Sin embargo, esta parecía ser

la definitiva. A la derecha, un graderío curvado se perdía tras una gruesa columna que se elevaba hasta lo alto; en el centro, otro graderío, pero este recto, indicaba que había más de una planta y que cada una era altísima; «mucho más que Yiya», pensó Micaela. A la izquierda, los recibían dos ascensores de puertas metálicas que contrastaban con el vestíbulo blanco.

—La habitación es la GN 4333 —dijo una voz gutural y rasposa que nadie se esperaba—. Manú tenía una voz intimidante. Se dio la vuelta y se marchó.

—Espera Manú —rogó Micaela, pero el jaguar se portaba con una indiferencia plácida, apática... como suelen ser los gatos.

—Vaya, no es muy sociable —se quejó Yiya.

—¿Ot? —preguntó el chiquitín.

—Yo opto por lo práctico —sentenció Micaela mientras presionaba el botón del ascensor—. Las puertas se abrieron casi de inmediato. Ot y Micaela fueron los primeros en subir, Yiya los siguió, pero justo cuando la puerta del ascensor se cerraba, Micaela preguntó:

—Oigan, ¿qué dijo *madame* Monic acerca de los ascensores?

Puertas y escaleras

«Los ascensores siempre bajan», había dicho *madame* Monic. En efecto, ahora descendían y el ascensor se movía al ritmo de un pulmón que exhala e inhala. Se movía con un ritmo continuo: primero avanzaba lentamente y luego se dejaba succionar, como si se hubiese formado un vacío en el ducto y el ascensor fuese impulsado hacia abajo por una poderosa fuerza de gravedad que lo atraía en vertiginosa caída, lo que les descomponía el estómago a los chicos cada vez que se iniciaba el abrupto descenso. El ascensor respiró cuatro veces antes de detenerse, abrirse y escupir su contenido.

Los chicos salieron volando del ascensor que, como si estuviera molesto, se cerró sin más. Yiya, Micaela y Ot se incorporaron y agradecieron ya no estar dentro de esa cápsula espantosa. Aunque estaban de pie, sentían

aún que el suelo no dejaba de balancearse, parecía que un mareo inagotable los atrapaba.

—Bueno, al parecer hemos llegado a uno de los pisos bajos. Miren, hay cinco puertas —señaló Micaela—. Era como el piso de cualquier hotel: escaleras, puertas y números en las puertas. Solamente cambiaban los colores y estilos de las puertas, todas eran diferentes.

66

—Tenemos que encontrar la GN 4333 —dijo Yiya—. Supongo que estamos en el lugar incorrecto, ahí dice JB y los números no tienen sentido.

La puerta roja tenía el número 9111, la azul el 8223, la verde el 5200, la amarilla el 7555 y la morada el 6413.



—Ni siquiera van en orden —observó Micaela, quien se había recostado en una de las puertas y se fue deslizando hasta el piso—. Cuando llegó a él, un ataque de risa se apoderó de ella.

—¿Ot, ot? —preguntó Ot, quien enseguida se contagió de la risa de Micaela—. Ot se sujetaba la pancita y reía sin parar. Exhalaba con suspiros entrecortados para luego tomar aire y seguir riendo como loco.

—Pero, ¿y ustedes de qué se ríen? Esto no es gracioso —alegó Yiya, aunque empezaba a sonreír tímidamente al verlos desternillarse sobre el piso.



—Claro que sí, ja, ja, ja, ja, ja. Nada aquí tiene sentido, ja, ja, ja, ja, ja... ja, ja, ja, ja, ja... y nosotros... ja, ja, ja, ja, ja... ja, ja, ja, ja, ja... tratando de encontrar números en orden ¡ja, ja, ja, ja, ja ja, ja, ja, ja, ja... ja, ja, ja, ja, ja...! —dijo Micaela con una mezcla de alborozo y carcajadas de locura.

68

Yiya cedió a la risa y se unió al coro. El sentido común era lo menos común en este lugar. Pero la risa le duró poco cuando, al instante, se abrió de repente la puerta verde. En medio de una humareda que provenía de la habitación 5200, un joven alto y flaco, de cabello largo y negro recogido en una coleta, se hizo visible. Su ropa estaba impregnada de olor a humo y la puerta se había vuelto a cerrar detrás de él.

Micaela y Ot callaron. Se limpiaron las lágrimas de alegría para poder ver al joven con claridad. Este se detuvo a observar a la tríada con un poco de extrañeza. Luego miró el piso en derredor, inspeccionándolo, y entonces les hizo una señal de amor y paz con la mano derecha. Luego llamó el ascensor, en el cual desapareció. Micaela, Ot y Yiya cruzaron mi-

radas. Entonces, Ot se dio cuenta de que aún salía humo por la rendija de la puerta.

—¡Ooot! —exclamó el pequeño.

—Sí, y es probable que haya un incendio ahí dentro —advirtió Micaela, mientras se alejaba de la puerta humeante, todo lo contrario a lo que hacía Ot, cuya curiosidad lo impe-
lía a acercarse más y más, porque los niños, sobre todo los pequeños, siempre quieren saber qué hay detrás de una puerta—. Ot se estiró lo más que pudo para alcanzar el pomo.

—¡Nooo! —gritaron al unísono Yiya y Micaela, pero ya era tarde, Ot había conseguido abrirla—. La puerta se abrió hacia adentro sin hacer ruido, pero una nube de denso humo blanco no permitía ver el contenido de la habitación. Cuando el humo se fue disipando, se les presentó delante de sí una calzada por la cual los chicos vislumbraron los perfiles de cientos de personas que se hallaban sentadas dentro de cubículos. Era una oficina pintada de verde y anaranjado, y todo apuntaba a que todo estaba dispuesto para simular un falso ambiente de felicidad. Cada uno tenía delante de sí una pantalla que parecía titilar, como si



se hubiese producido un cortocircuito, pero el humo no provenía de los aparatos, sino de las cabezas de toda aquella gente.

De las cabezas de chicos y chicas, apenas un poco mayores que Yiya y Micaela, emanaban rayos eléctricos, como los que salen de las lámparas de plasma¹ que centellean cuando las tocas. De tanto en tanto, toda esa energía se almacenaba en frascos de vidrio que un chico recogía en una carretilla.

71

Los jóvenes tecleaban frenéticamente y sus miradas se perdían en el fondo de los monitores. Se notaba en sus rostros que habían recibido pocas horas de sol y de sueño. Micaela imaginó un ejército de zombis, adiestrado y conectado a una vida digital muy alejada de la realidad, que siempre es más acogedora. Nadie pareció notar la presencia de los visitantes, el mundo ajeno en el que se encontraban les impedía interesarse por lo que sucedía en derredor.

1 Llamadas también «bolas de plasma» o «bolas de Tesla», por su inventor austrohúngaro, radicado en Estados Unidos, Nikola Tesla (1856-1943) (N. del E.)

—Mejor nos vamos, antes de que empiecen a tener hambre —dijo Micaela—. Yiya se agarró la cabeza pensando en su cerebro, así que, sin decir más, tomó a Ot de la mano y salieron con paso ligero. Yiya cerró con cuidado la puerta tras de sí y suspiró aliviada. Aquella visión había sido aterradora, mucho más que el pulpo gigante.

—Bien, creo que debemos ir a otro piso, aunque no sé si deberíamos subir o bajar —sugirió Yiya.

—Subamos, creo que siempre podemos regresar, ¿no? —propuso Micaela, aunque nada la motivaba—. Los tres subieron con expectativas inciertas de lo que podría esperarlos arriba.

Las escaleras se hicieron interminables; se elevaban en un caracol que se perdía en la distancia. Al llegar por fin al piso superior, se encontraron con un escenario familiar: cinco números de cuatro dígitos, cinco puertas de colores distintos y Ot con ganas de abrir alguna. De hecho, había una puerta turquesa muy llamativa; quizá las demás se sentían opacadas y tristes porque la turquesa se exhibía sin decoro alguno y brillaba sin necesidad de luz.

Lamentablemente, en el piso MQ tampoco se hallaba el número que buscaban. Pero la puerta turquesa les guiñaba invitadoramente para que la abrieran. Micaela y Yiya eran atraídas como si fuesen pequeños clavos arrastrados por un inmenso imán.

Justo cuando los tres se acercaban irremediabilmente al pomo de la puerta turquesa, la puerta oliva, que se encontraba a la derecha, se abrió abruptamente. De ella salieron hombres robustos y calvos que vestían trajes negros y corbata, usaban lentes oscuros y llevaban un audífono en una oreja. Algunos usaban bigote, pero los rostros de todos tenían una expresión adusta y dura. Se formaron en dos filas, una a cada lado del pasillo, las que se extendían hasta las escaleras que se dirigían al piso por el que los chicos habían subido. Entonces, los hombres esperaron.

—¿Ooot? —preguntó el pequeño Ot.

—Ni idea —respondió Micaela.

—Disculpe, señor —dijo Yiya dirigiéndose a uno de los hombres grandotes—, ¿podría decirnos a quién esperan?

El hombre bajó sus anteojos hasta la nariz para ver mejor a quien lo interrogaba.

—Esa es información confidencial, no puedo decirlo —explicó tajante, y volvió a su posición firme de gendarme francés sacado de una película.

74 Ot, Yiya y Micaela se morían de la curiosidad, porque quizás iba a pasar por ahí alguien muy famoso, tal vez una estrella de cine. Así que permanecieron expectantes y en silencio detrás de las brillantes calvas, estirando el cuello para poder ver. Apareció entonces, envuelto en una bata de baño celeste y desagradablemente entreabierta, un hombre gordo, con muchas cadenas de oro y de plata que le cubrían el pecho peludo. El hombre hablaba por un teléfono móvil: «No, no, no», decía, para luego cambiar la palabra por un «sí, sí, sí». Los noes y los síes continuaron por todo el pasillo. A Micaela le pareció familiar. La expresión arrogante y abusiva del hombre le era conocida.

—¡Es el taxista! —gritó Micaela—. Algunos de los agentes volvieron a verla.

—¿Qué taxista? —preguntó Yiya.

—Es el que me atropelló cuando yo iba en bicicleta —explicó Micaela—. Tengo algo que decirle —dijo viéndolo fijamente.

Presurosa se abrió paso entre las piernas de los guardias de seguridad y logró colocarse delante del hombre del teléfono. Este no era muy alto y seguía con el teléfono celular sobre la oreja.

—¡Oiga, usted, ¿se acuerda de mí?! —le espetó Micaela, y aquel irrespetuoso hombre trató de ignorarla con la indiferencia con que alguien se aleja de una ruidosa y molesta mosca, pero Micaela no lo iba a permitir.

—¡Usted es el taxista que me atropelló! —lo increpó—. El hombre empezó a balbucear mientras su cara pasaba de un amarillo verdoso a una palidez profunda que evidenció la verdad de las palabras de Micaela.

Yiya y Ot estaban atónitos ante lo que veían. Era admirable la entereza de la joven Micaela. Aquel hombre no dejaba de tartamudear, y sus agentes de seguridad no comprendían por qué sucedía todo aquello. «Pobrecillos», pensó Yiya. El taxista gritó de manera lastimera:

—¡Quiten a esa niña de mi vista!

Entonces, un remolino de cabezas calvas y
trajes negros se apoderó del pasillo. Los hom-
bres que se encontraban en la
escalera subieron, otros
rodearon al ta-



xista para protegerlo, ¡protegerlo de las palabras de verdad de Micaela! Entretanto, otro grupo tenía como objetivo atraparla.

En eso estaban cuando Ot



abrió una de las puertas olvidadas, detrás de todo aquel barullo, y Yiya, quien no se había apartado de él, vio en ello una buena oportunidad para escapar.

—¡Micaela, Micaela! —gritó—. Micaela zigzagueaba y corría en círculos por el pasillo a fin de que los hombres no la pillaran. Estos chocaban unos con otros. Al escuchar a Yiya, Micaela corrió en dirección a su voz, sin pensarlo siquiera.

Micaela se había librado y se dirigía a la puerta donde la esperaban Yiya y Ot, pero de pronto un cuerpo grande apareció de frente y con los brazos extendidos para asirla. Micaela corría a gran velocidad, y detenerse no era una opción, así que hizo lo apropiado: se barrió como lo hacen los jugadores de beisbol cuando roban una base, y pasó por en medio de las piernas de quien trataba de atajarla.

En ese justo instante, Yiya cerró la puerta para impedirles el paso a los grandulones vestidos de negro.

—¡Qué buenos reflejos! —exclamó Yiya con admiración, mientras Ot aplaudía la hazaña muy emocionado—. La alegría no duró

mucho; los hombres empujaban y golpeaban la puerta, pues debido a su cólera olvidaban lo evidente: girar el pomo.

Los chicos observaron el extravagante laberinto que era Subabel Hotel. Esta vez no habían desembocado en una habitación que contuviese algo inusual; más bien, se encontraban en otro piso, igual al que habían dejado: cinco puertas de colores y un pasillo. Yiya les planteó las opciones: «a) elegir alguna puerta, b) subir por las gradas o c) usar el ascensor que siempre bajaba».

—¡Ot! —dijo el chiquilín, quien veía cómo la puerta que habían cerrado vibraba cada vez con más violencia—. No había tiempo para consensos: los hombres derribaron la puerta a empellones.

—¡Que sea la opción b! —gritó Micaela, y los tres empezaron a correr—. Sus piernitas lo obligaban a rezagarse justo cuando Yiya lo cargó en sus brazos de nuevo. El graderío parecía interminable, además de una solución poco alentadora si se tenía en cuenta al ciempiés que los perseguía muy de cerca escalones abajo.

—Tenemos que hacer algo distinto —recomendó Micaela, quien se daba clara cuenta de que subir y subir sin parar no resolvería el gordo embrollo en el que se habían metido.

—*Okay*, ¿qué hacemos? —preguntó Yiya, quien no pensaba en otra cosa que no fuera no soltar a Ot, a quien acomodaba en un brazo y luego en el otro, mientras avanzaban lo más aprisa que podía—. La cabeza de Micaela trabajaba como tren de alta velocidad:

—En el siguiente piso, entraremos sin títubear en la puerta de la izquierda y luego veremos qué pasa —propuso—. Dicho y hecho. La puerta cedió, ellos entraron, la cerraron y guardaron silencio. Tal como Micaela lo imaginó, el ciempiés de guardias de seguridad pasó de largo por el graderío y se dirigió a los pisos superiores.

—¡Uuufff! —resopló Ot, como si él mismo hubiera subido todos aquellos escalones por su propio pie—. La habitación en la que habían entrado estaba en penumbra, y un brillo tímido trepaba por la pared que tenían enfrente. Yiya buscó un interruptor que pudiera aclarar aquel resplandor. Se escuchó un clic,

pero en vez de que se iluminara la habitación entera, emergió de la oscuridad un hermoso acuario que cubría prácticamente la cuarta pared del lugar. Del suelo hasta el techo, el fondo del mar invadía la habitación con un resplandor azul y ondulante.

—¡Ooot! —exclamó Ot maravillado.

—¡Impresionante! —fue la palabra que soltó Micaela acercándose a la ventana profunda—. Había corales, plantas de colores intensos y traviesos pececillos de formas y tamaños diversos y llamativos. Desde el fondo se fue acercando una piedra redonda y grande, que en realidad no era tal, sino un animal de cabeza grande que se movía con ondulaciones, como si jugase con las burbujas, y que cada vez que avanzaba sonreía con su graciosa boca.

—Es un delfín —explicó Yiya con alegría.

—¡Qué loco! Pero vaya si está genial eso de meter una pecera en un hotel, ¡y qué pecera! —comentó Micaela.

—¿Pecera? Yo más bien creo que el hotel debe de estar muy cerquita del mar, si no es que hundido en él —caviló Yiya, tratando de imaginar lo que ella misma estaba diciendo.

Ot se había pegado al vidrio y sus manitas se extendían al igual que su deseo de acariciar a cada criatura que nadaba del otro lado.

El delfín, juguetón y curioso, daba giros sobre sí mismo dejando ver su vientre blanco. Ot creía haber entendido el mensaje, pues este tipo de lenguaje era el suyo, así que, su-



biéndose la camisita, le mostraba su pancita de bebé.

El embeleso que les provocaba esa ventana al mar hizo que no cayeran en la cuenta de que por la puerta de la habitación se habían colado, en silencio, los agentes de cabezas calvas. Al notar su presencia, el del-fín empezó a emitir un silbido y a agitar



la cabeza de arriba abajo. Yiya, quien conocía estos asuntos de la vida marina, explicó con gravedad:

—Hacen ese sonido para comunicarse.

—¿Y qué querrá decirnos? —preguntó Micaela intrigadísima—. Ot entendió que el delfín les decía: «Hay algo detrás de ustedes», y se dio la vuelta.

84

—¡Ooot! —gritó su pequeño amigo—. Yiya y Micaela se volvieron a la vez, justo cuando uno de los guardias de seguridad ordenaba a gritos: «¡A ellos!». Los hombres eran un poco torpes y lentos en comparación con las chicas. Yiya asió del brazo a Ot mientras Micaela trataba de distraerlos. En medio de la gran confusión que se armó, tres de los guardias se estrellaron contra el acuario. Con la fuerza del golpe, una grieta blanca empezó a dibujarse de arriba abajo en aquella gran ventana al mar. Luego se extendió a la izquierda y terminó por aumentar en sentido horizontal.

Todo se detuvo, como en el juego infantil en el que todos quedan petrificados. Solo movían los ojos: los chicos, los guardias, el delfín y los pececillos en el agua. Todos veían atenta-

mente hacia dónde se dirigía la rajadura en el vidrio, mientras esta se ramificaba más y más.

—¡Yiya, tenemos que salir de aquí ahora!
—gritó Micaela.

Las dos salieron del estupor de su congelamiento momentáneo y corrieron, sin olvidar a Ot, hacia la puerta. En cuanto cruzaron el umbral, escucharon a sus espaldas un fuerte crujido seguido de una explosión: el agua se precipitó dentro de la habitación y seguramente lo anegaría todo a su paso.

A Yiya le encantaba el agua, pero para nada en esas circunstancias. Y aunque no estaba segura de que en realidad pudiese mojarse, pues recordaba su experiencia con el agua multicolor, tampoco iba a detenerse para averiguarlo. Así que seguía de cerca a Micaela escalones abajo, con Ot aferrado a ella en medio de sus brazos.

—Estoy comenzando a pensar que hemos cometido una gran equivocación —comentó Micaela—. En efecto, el agua, como es normal, fluye hacia abajo, atraída por la gravedad. Y aun en un lugar tan desquiciado como Subabel Hotel no era la excepción.

Olvidaron por completo cuántos pisos habían recorrido, pero aún escuchaban el retumbar del agua. Las olas sacudían y anegaban pasillos y escaleras.

—¡Usemos el ascensor! —propuso Yiya.

—¡Sí! —le respondió Micaela, quien corrió en dirección a las puertas del ascensor y presionó con urgencia el botón de la puerta.

86

—¿Ooot? —preguntó Ot.

—Sí, preparen el estómago —advirtió Micaela—. Las puertas se abrieron, entraron y antes de que se cerraran por completo, a través de la delgada rendija que todavía les permitía mirar hacia el otro lado, vieron cómo el agua recorría el piso, tocaba a cada puerta y se acercaba a ellos. El descenso empezó y con él el movimiento de respiración del aparato que era succionado hacia abajo dentro del ducto junto con sus asustados ocupantes.

Habitación GN 4333

Cuando salieron del elevador, que esta vez había tenido la amabilidad de no escupirlos, sino de dejarlos salir voluntariamente, todo era distinto. No solo sus vientres no estaban tan revueltos como la primera vez, sino que el piso era diferente: solo había una puerta con el número 4333 y, además, seguía completamente seco. Buscaron el nombre del piso; en efecto, era el GN. Finalmente habían llegado. La habitación GN 4333, como les había indicado Manú, estaba justo frente a ellos.

—Chicos... ¡llegamos! —dijo Yiya con una inexplicable alegría—. Espontáneamente, se arrodilló para abrazar a Ot, y Micaela hizo lo mismo para abrazarlos a ambos. Fue entonces, gracias a ese abrazo de grupo, que los tres recordaron algo que habían olvidado desde hacía tiempo: era muy bonito tener amigos.

—Bien, hagámoslo —propuso Micaela.

—Ot, hazlo tú; ya sabemos que te encanta abrir puertas —dijo Yiya.

—¡Ot, ot! —exclamó el chiquito y, decidido, caminó directo y deprisa para girar la manija—. Pero esta vez algo incomprensible ocurría: esta habitación era la única que estaba cerrada por dentro.

—¡No puede ser! —se quejó Micaela—. De todas las benditas puertas de este lugar, esta necesita llave. ¡Es la de nunca acabar! —manifestó exasperada.

—Con seguridad, en el manual que nos dio *madame* Monic decía algo al respecto. Ahora lamento habérselo tirado al pulpo —gimoteó Yiya, presa ahora de profunda tristeza.

—Bueno, mi papá dice que las cosas son útiles cuando las usas, y creo que lo usaste muy bien —la animó Micaela con una sonrisa para consolarla.

De repente... toc, toc, toc. Ot se había adelantado a las chicas. Como no pudo abrir la puerta, se le ocurrió llamar para que le abrieran. ¡Y funcionó! *Madame* Monic también les había dicho que bastaba con decir las palabras

correctas, y en el lenguaje de Ot ese toc, toc, toc, significaba: ‘¿Puedo pasar?’.

—Comienzo a reconocer que el mono es genial —expresó Micaela con gran satisfacción.

—¿Cuándo lo vas a llamar por su nombre? —preguntó Yiya.

—Cuando sepamos cuál es su nombre real —respondió Micaela—. Yiya admitió con una sonrisa ancha que Micaela tenía razón.

Esta vez, Ot las esperaba con impaciencia dando pasitos hacia adelante y luego hacia atrás. No quería entrar solo. Entendía que esta habitación era muy importante, la más importante.

Entraron. Allí, lucecitas en el suelo alfombrado guiaron sus pasos. El lugar no tenía iluminación directa, pero en la penumbra se distinguían butacas de lujo dispuestas de tal forma que desde cualquier lugar se podía tener una vista perfecta de la gigantesca pantalla que se extendía al frente.

—¡Ooot!, dijo el pequeño Ot, y Yiya y Micaela pensaron de inmediato en palomitas de maíz.

—En medio se ve mejor —aseguró Micaela entusiasmada, pues también le encantaba ir al cine, sobre todo para disfrutar del sonido, ya que, más que los efectos especiales, creía que lo magnífico del cine era el ambiente que el sonido creaba—. Yiya y Ot la siguieron y tomaron asiento en las butacas en medio de la sala.

La pantalla se iluminó con barras verticales de colores tan brillantes que los cegaron por un instante. Sobre las barras fueron apareciendo números encerrados en un círculo que cambiaban al tictac de un reloj, aunque el reloj quizás estaba descompuesto: 5, 4, 3, 3, 3, 2, 1. Ot, Yiya y Micaela habían llegado puntuales a la función.

Un filme de Toayiy Aleacim

«Cinema Rinconcito 4333 y Subabel Hotel presentan un filme de Toayiy Aleacim», aparecía en la pantalla. Los nombres de los presentadores se desvanecieron y solamente permaneció el nombre impronunciable que les había dicho *madame* Monic. El nombre del director fue girando en 3D, horizontalmente, hacia la derecha.

Micaela y Yiya mudaron su expresión hacia el asombro que la sorpresa causa. El nombre impronunciable de la persona que les ayudaría estaba formado por sus propios nombres: «Micaela, Yiya, Ot». Ot no se enteraba de nada, mientras un nudo provocado por la tensión, se formaba en el estómago de Micaela y Yiya.

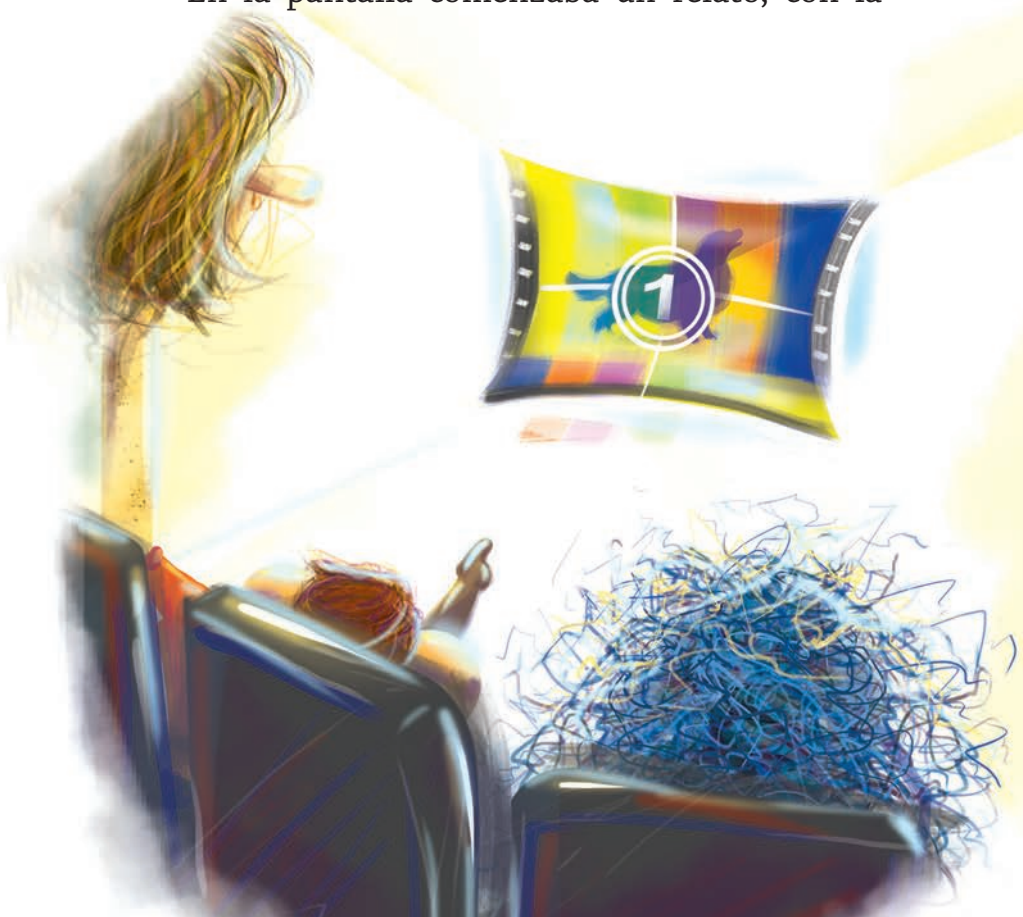
A continuación, apareció en la pantalla un hermoso cachorro *golden retriever*.

—¡Of of of! —gritó Ot, simulando el ladrido de un perro.

—Así era Mango cuando llegó a casa —dijo Yiya sorprendida—. Micaela y Ot no comprendían de qué hablaba. Las imágenes del *golden retriever* fueron cambiando, Mango iba creciendo y Yiya había crecido con él.

92

Largas lágrimas surcaron en silencio las mejillas de Yiya cuando vio su propia imagen jugando con Mango. Suspiró dos veces. En la pantalla comenzaba un relato, con la



voz de Yiya: «Mango creció conmigo y murió hace unos meses. Muchos se rieron de mis lágrimas y de mi tristeza. Dijeron: “Solo es un perro, consíguete otro”. Ellos no entienden. Mango era parte de mi vida. Alguien... un vecino cobarde dejó comida con veneno en la calle. Mango fue uno de los diez perros y gatos inocentes que fueron encontrados en una mañana fría, sobre el pavimento helado. Eso es cruel, los humanos son crueles. Eso no fue justo, los animales no tienen culpa de nada y no deberían ser tratados así».

93

Micaela y Ot guardaron silencio un momento.

—Of, of —dijo Ot con voz bajita y triste—. Micaela sujetó con fuerza la mano de Yiya, quien recibió el gesto con agradecimiento.

Las imágenes cambiaron. Ahora aparecían dos niñas jugando fútbol. Micaela se puso rígida. La voz que ahora narraba la película era la suya: «Ella es Evelin, era mi mejor amiga. Me duele que ya no esté. Me he sentido triste desde hace mucho tiempo. Por lo regular, mi papá tiene razón en todo, pero de nada sirvió que me dijera que debía estar preparada para

despedirme. Una nunca está preparada para eso. No entiendo el cáncer, no sé de dónde viene. Su cabello castaño claro fue desapareciendo. Al principio, para que no se notara, usaba gorritos muy bonitos. Yo le decía que volvería a crecer, pero no fue así. Su sonrisa fue perdiendo brillo. Mi mamá me dijo que ahora está mucho mejor, pero yo no lo estoy. No sé cómo estarlo».

Micaela temblaba, no había llorado durante toda la enfermedad de su mejor amiga. A veces se le humedecían los ojos, pero se prometió no llorar nunca porque pensaba que Evelin necesitaba su apoyo, no su tristeza.

Yiya la abrazó y le dijo: «Llora si quieres, está bien». Micaela se resistió al principio, pero cuando su cuerpo se relajó, lloró con ganas y un profundo alivio; había descubierto lo que llaman catarsis.

Pasaron unos minutos, la última imagen que estaba en la pantalla presentaba a Evelin con una sonrisa agradecida, el viento jugaba con su cabello castaño claro. Cuando Micaela volvió a ver la pantalla, sonrió con ella. La pantalla fue oscureciéndose.

La película terminó y la pantalla se elevó; entonces, las luces de la sala se encendieron. En el lugar donde había estado la pantalla ahora había otra puerta. Cuando esta se abrió, Yiya y Micaela escucharon la vocecita de Ot, que decía: «Mama».

Ot bajó rápidamente de su butaca, corrió y saltó a los brazos de su madre. Era una mujer de unos treinta y cinco años.

—Hola, él es Eliot, pero de cariño le decimos Ot, y yo soy Erín, su madre —dijo—. Su



voz era dulce y agradable. Micaela se limpió los mocos y junto con Yiya se acercó a Erín.

—Si hubiéramos apostado para adivinar el nombre de Ot, te habría ganado —le susurró Yiya a Micaela.

—Muchas gracias por acompañar a Ot hasta acá, chicas —agradeció Erín.

—No se preocupe —dijo Micaela.

—De hecho, no lo habríamos conseguido sin el mono, digo, sin Ot —expresó ruborizada Micaela mientras Yiya le daba un codazo.

—Necesito que lo acompañen hasta el final —pidió Erín.

—Seguro —dijo Micaela con decisión.

—Pero, ¿usted nos acompañará también verdad? —preguntó Yiya.

—No —respondió Erín—. Solo vine a abrazarlo por última vez.

Ot se sujetaba a su madre con todas sus fuerzas. Dirigiéndose al pequeño y colocándolo despacio en el suelo, le dijo:

—Ot, tienes que ir a conseguir algo en esa habitación, solo tú puedes encontrarlo, ¿quieres hacerme el favor de ir por ello? Yiya y Micaela te acompañarán.

Las chicas estaban confundidas, no entendían bien por qué Erín les agregaba más camino a sus andares por aquel extraño lugar.

—Mama —dijo Ot con tristeza—. Su carita decía que no deseaba ir.

—Es importante, Ot, y sé que puedes hacerlo, porque tú puedes lograrlo todo.

—¿Oot? —preguntó Eliot.

—Sí, ahí —contestó Erín.

—Oki —dijo el listo chiquillo.

Micaela y Yiya estaban sorprendidas. Ot podía decir dos palabras más. Definitivamente, era un pequeño genial. El nene empezó a caminar y Yiya lo siguió.

—No lo perderé de vista —le dijo a Erín, y entonces cruzó la puerta.

Micaela veía a Erín con ganas de decirle algo que no podía formular. Tenía ideas y palabras agolpadas en la garganta y enmarañadas en la mente. Erín lo sabía.

—Evelin está mucho mejor y quiere que tú también lo estés. Sabe que lo estarás. —Micaela sintió que le quitaban un peso de encima y la tristeza se disipaba poco a poco. Micaela se sentía en deuda con Erín.

—¿Quiere enviar algún mensaje? —preguntó Micaela no sabiendo muy bien por qué.

—Diles que les amo —respondió Erín.

—Gracias —se apresuró a decir Micaela, quien esta vez no quería quedarse con el agradecimiento, y se dirigió a la puerta.

El despertar

Al cruzar, Micaela sintió algo parecido a lo que les había provocado la experiencia del ascensor: un vuelco de estómago y un mareo de barco en tormenta. Lo que cambiaba era que todo estaba oscuro y escuchaba a su alrededor voces familiares.

—¿Mamá? —pronunció con habla pastosa—. Micaela había despertado en el cuarto de hospital al que había sido ingresada dos días antes. —Ahora podré hacerme dibujitos, hay mucho espacio azul —dijo Micaela al verse la pierna y el brazo enyesados.

Lucía besó a su hija tanto como pudo, pues ese comentario le anunciaba que estaría bien. Pasaron algunos días más antes de que los médicos le dieran el alta. Isabela y Lola la esperaban en casa con una comida especial para celebrar. Habían decorado con letras grandes

la palabra «¡Bienvenida!», y la pequeña Isabela le tenía un regalo a su hermana favorita... su única hermana.

100

La salida de Micaela estaba programada a las cuatro de la tarde de un día bonito, así que mientras Lucía ultimaba los trámites en el hospital, Santiago le propuso a Micaela que dieran una vuelta con la silla de ruedas para pasar el tiempo.

El hospital tenía varias áreas, contaba con una al aire libre en la cual había un jardín pequeño con buganvillas y detalles en piedra y ladrillo. Estaba dispuesto para que los pacientes pasearan. Caminar en un hospital cuando eres paciente es de esas lentas y necesarias pruebas de que tu cuerpo frágil puede, poco a poco, recuperarse.

Micaela se sentía relativamente bien, pero el no poder moverse en toda su extensión representaba un reto a su paciencia. El yeso, además de ajustarse como ropa pesada, era insoportable cuando a la piel se le ocurría sentir comezón y, aunque se encontraba sobre dos ruedas, era imposible proponer una carrera de velocidad o subir aceras sin necesidad de ram-

pas. La consolaba que tendría tiempo de sobra para perderse y viajar, sin excusas, entre sus libros favoritos y quizá algunos nuevos.

En uno de los pasillos, y mientras iba en busca de un poco de agua, Santiago dejó a Micaela junto a una banca.

—Ahora vuelvo. No corras por ahí, ni saltes en un pie —le advirtió con cariño—. Micaela hizo una mueca con los labios y luego sonrió. En la banca estaban sentadas tres personas. En el extremo opuesto a Micaela, un abuelito simpático soplabla y bebía despacio un café; en el centro, un niño de unos nueve años se entretenía con un cubo de colores, y a la par de Micaela, una chica que sobresalía por su estatura leía un libro que ella había leído hacía unos años y que le había gustado mucho: *La joven de las naranjas*.²

Vino al recuerdo de Micaela, de pronto, como llamada nocturna, todo lo que había ocurrido en Subabel Hotel. Una secuencia rápida de imágenes subían y bajaban en el carrusel de su cabeza: *madame Monic*, los botones

² Novela del autor noruego de libros para niños Jostein Gaarder (1952) (N. del E.)

de papel, el pulpo, las puertas, las escaleras, la persecución, Ot el mono, Yiya la jirafa... todo. Micaela no estaba segura de que fuera posible que los sueños se pudiesen compartir, tampoco estaba segura de si algo de lo que había soñado era realidad. Lo pensó un instante; no demasiado, porque Micaela seguía siempre sus impulsos.



—Siento mucho lo de tu perro —le dijo a la chica alta, quien se sorprendió al escucharla.

—Eh, eh, eh... gracias —pudo articular después de haber interrumpido su lectura y titubear extrañadísima.

En ese momento regresaba Santiago con su termo lleno.

—Listo, ¿vamos? —preguntó—. Su hija dijo:

—Sí. La chica alta se quedó viendo cómo se alejaban. No lo comprendía, pero agradeció en silencio y profundamente las palabras de esa chica de cabello alborotado y con la pierna y el brazo enyesados.

Pasaron los meses; después de las Navidades, los huesos rotos seguían recuperándose. Micaela empezaría la escuela usando muletas, había practicado lo suficiente para valerse por sí misma. «Esa es la actitud, un día a la vez», le había dicho Lucía.

Mi papá dice que los niños tienen los huesos más flexibles, pero como ya crecí un poquito, les creo al médico y a mi mamá, que me dicen que tengo huesos fuertes y sanos. Ya les encontré el truco a las muletas, no es tan difícil cuando te acostumbras, y siempre puedo saltar en un pie porque tengo un equilibrio de lujo. Mis tíos le han dicho a mi mamá que deberían revisarme la cabeza, porque ya no veo las horas de subirme de nuevo a la bici. ¿Qué saben ellos de libertad? Niko, como yo, también está en proceso de reparación, y yo sé que las dos quedaremos bien guapas.

Hoy fue el primer día de escuela para Isabela, un evento importante para todos. Recuerdo que en mi primer día todos los niños lloraban en derredor de mí. Yo no comprendía por qué, tampoco podía llorar por solidaridad con ellos. A Isabela le pasó la misma situación. Tan pequeñita ella y nos dice: «Me dieron un poco de pena, ahí todos lloraban como niños chiquitos».

Isabela cuenta que tiene un nuevo amigo, que su nombre es curioso y que se trepa en todas partes con la facilidad de un mono.

Asegura que es un chico muy amable al que le gusta abrazar a la gente. Aún no lo conozco, pero pensé en Ot, pensé en sus ojitos negros y en su monosilábica manera de ser genial.

FIN

105



Diana Vásquez Reyna

Autora

Nacida en la Ciudad de Guatemala (1983), es literata, revisora de textos, columnista y redactora freelance. Estudió Letras en la Universidad de San Carlos de Guatemala, tiene un posgrado en Formación Periodística y experiencia en generación de contenidos multimedia para marketing digital.

Eyla Luján

Ilustradora

Nacida en la ciudad de Guatemala en 1988. Es diseñadora gráfica graduada cum laude. Trabaja en varios proyectos, editoriales, exposiciones culturales colectivas, pequeñas animaciones. Su inquietud más grande es expresar más con el arte, utilizar ese medio para poner a las personas a pensar, lo cual debería ser el propósito de todas nuestras obras. Dejar de ilustrar por comisión y hacerlo por convicción.

Índice

1	Micaela	11
2	El accidente.....	23
3	La araña	37
4	El agua multicolor	57
5	Puertas y escaleras.....	65
6	Habitación GN 4333	87
7	Un filme de Toayiy Aleacim.....	91
8	El despertar	99

Aquí acaba este libro
escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso
por personas que aman los libros.
Aquí acaba este libro que tú has leído,
el libro que ya eres.



ISBN:978-99-297-2328-3

www.loqueleo.com

A Micaela le gusta leer historias de personajes similares a ella. También le encanta jugar al fútbol y pasear en bicicleta. Su cumpleaños número 15 ha sido solitario y melancólico. Un día, mientras pasea por la ciudad, un taxista imprudente la atropella. En ese momento comienza la mayor aventura de su vida, cuando conoce a dos amigos singulares y ve cosas increíbles en su fabuloso viaje en busca de respuestas. Cuando su jornada finaliza, se desilusiona al pensar que todas aquellas maravillas no fueron más que un sueño. Aunque... quizás no lo hayan sido.

loqueleo

 SANTILLANA